

Solo de palabras

Por Ileana Espinel

Diario *El Universo*, 5 de mayo de 1989

Raúl Vallejo —ex tallerista de la Cultura Ecuatoriana – Banco Central, ex alumno salesiano, Premio José de la Cuadra con una linda ficción entre novelesca y biográfica de Guayaquil en la época de Medardo Ángel Silva, trofeo del que ahora hace mutis por cierto, y hoy a tiempo completo Director de la Campaña Nacional de Alfabetización, que contra viento y marea prosigue útil, patriótica, airosa y solidaria—, acaba de presentar en la CCE del Guayas, con análisis preciso del erudito magister de talleres Miguel Donoso Pareja, su obra *Solo de palabras*, impreso en 1988 por Editorial El Conejo que, como en otros casos, no cae en hipérbole al referirse en la carátula posterior al escritor de turno, pues con acierto palpable juzga que este folleto con cinco cuentos vallejinos “muestra y demuestra las posibilidades literarias de un narrador hecho y derecho, completamente formado, que se da el lujo de ahondar en los conflictos de la conciencia con una soltura y una amenidad muy grandes.”

Y es que este autor de 30 años posee un dominio especial para narrar historias que conmueven y atraen la simpatía del lector por la fluidez burilada de su texto, la riqueza expresiva de los conflictos que plantea, tan comunes empero, tan visibles en ciertas calles y mazmorras, lupanares y conventos; por la introspección —casi lírica, esto es poética— de sus personajes que aman y desaman, padecen o hacen padecer, se santifican o satanizan... Viven, en fin, bajo la gracia narrativa de este ex tallerista confeso, es decir: obrero de la palabra, asumiéndola semántica y ontológicamente, para solaz del oído que la escucha; del cerebro que la penetra. Pero no se crea que la suya sea una prosa preciosista ni de términos selectos. Los más usados y los casi olvidados, los más nítidos y los más turbios vocablos del idioma rico y tan expresivo que tenemos; pueden caber y de hecho caben en estas páginas, dándoles sabor estético y popular a un tiempo, pues sus personajes se mueven en diversos ámbitos de la existencia común, y conflictiva tantas veces, de cientos y miles de guayaquileños, de ecuatorianos, de seres vivos y crujientes de esta patria; de “esta ciudad a la que no se puede amar sobrio”.

Y luego, esa introspección magistral —por lúcida y humana— que permite, a través del asunto narrado, surcar los mares hondos de las interrogaciones trascendentes, de las búsquedas abisales del pensamiento crítico, de las dubitaciones concienenciales, sin dejar ver las costuras trascendentalistas; lúdicamente a ratos, encantadoramente siempre, en este solo de palabras que es un concierto de voces múltiples que claman vida y otorgan vitalidad profunda y creativa al lenguaje que avanza mansamente hacia su meta convencidora.

En “Los borradores de Adriana Piel”, leemos: “La literatura es una trampa de sentidos. Por eso cuando digo que voy a escribir tu historia es que voy a escribir tu historia a mi manera”.

“Con una pequeña ayuda de mis amigos”, la opera magna de este libro, es un cuento de violencia armada y desarmada, con un tema tabú para el ultrismo de derecha; que permite ahondar al autor en múltiples asertos de conciencia: “Todos tenemos un caos en el que vivimos y es como si ser santos fuera el resultado de declararse

pecadores. Nada de lo que hemos hecho nos hace menos, pero todo lo que hayamos dejado de hacer nos impide ser más humanos.”

“Apocalípticos de parque”, “Beatriz huele a café” y “Una experiencia de santidad”, nos enfrentan a situaciones y personajes que no por ser de todos los días, dejan de ser casos de excepción, por su pintoresquismo, su precariedad, su destino trágico, su ambivalencia absurdamente válida. Cierran el libro de Raúl Vallejo, autor además de otros títulos: *Cuento a cuento cuento*, *Daguerrotipo*, *Máscaras para un concierto*, *Emelec: cuando la luz es muerte*.